

ENSAYOS / INTERVENCIONES

Los orígenes del peronismo y la tarea del historiador

Daniel James

Indiana University

Lo que sigue es el contenido de una exposición oral presentada por Daniel James. Primeramente, en un panel del “Tercer Congreso de Estudios sobre el Peronismo, 1943-2012”, transcurrido el 19 de octubre de 2012 en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy. Posteriormente, una versión ampliada de la misma fue presentada como conferencia dentro de las “Jornadas de Estudios sobre el peronismo: perspectivas y debates”, dictada el 5 de julio de 2013 en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Para esta edición ampliada, el autor incorporó las referencias bibliográficas.

* * *

En esta coyuntura, decir algo nuevo o mínimamente significativo acerca de los orígenes del peronismo parecería ser una tarea cada vez más difícil. En cierto modo la situación es sorprendente, debido a la cantidad de nuevos trabajos que se han acumulado en los últimos quince años sobre todos los aspectos de la historia del peronismo. El año pasado tuve la oportunidad de leer el libro *El hecho maldito: conversaciones para otra historia del peronismo*, de Omar Acha y Nicolás Quiroga, que analiza de manera muy sagaz la producción historiográfica en torno del “primer peronismo”. La lectura fue muy esclarecedora, pero también un poco deprimente. Esclarecedora en parte porque el libro exhibe una vasta gama de progresos en nuestro conocimiento de una cantidad siempre en aumento de elementos asociados a la historia del peronismo. Mi depresión, por su lado, se debió en parte al hecho de darme cuenta de que, aunque soy un supuesto “peronólogo”, estaba quedando rezagado en mi vano intento de mantenerme al día en este campo. Pero también obedecía, creo, a una vaga inquietud suscitada por mi intento de imaginar un nexo interpretativo organizador –o una serie

de nexos— que pudiera hacer justicia a la abundancia empírica acumulada. O, para ser más preciso y honesto, un nexo interpretativo que me pareciera convincente y valioso. Acha y Quiroga, en efecto, plantean el persuasivo argumento de que lo que llaman “descripción normalizadora” del peronismo (y en especial del primer peronismo) ha alcanzado en los últimos treinta años una especie de estatus hegemónico que comparan a un cambio de paradigma a la manera de Kuhn. Como todos los relatos dominantes, este también se basa en ciertas exclusiones, elisiones y silencios, y a la vez los produce. La lectura de ese libro me llevó a constatar que comparto en gran medida el desasosiego de sus autores en lo concerniente a las implicaciones de este consenso intelectual para una comprensión del peronismo.

Es evidente que el auge de la producción histórica dedicada al peronismo está íntimamente ligado a la profesionalización del mundo académico en las últimas décadas y la transformación de las condiciones de producción y distribución intelectuales que ha ocasionado. Yo diría que uno de los efectos paradójicos de este proceso ha consistido en la instauración y reafirmación de límites disciplinarios dentro de una retórica general que proclama las virtudes del trabajo interdisciplinario. Uno podría decir, desde luego, que la interdisciplinariedad ha existido desde la construcción del peronismo como un objeto de producción académica de conocimiento, entre fines de los años 50 y el transcurso de los años 60 (sobre todo con la obra del sociólogo Gino Germani). Al margen del mundo académico propiamente dicho de esa época (fines de la década de 1950), la fuente más interesante de análisis crítico del peronismo provino tal vez del grupo heterodoxo de intelectuales asociado en líneas generales a la revista literaria *Contorno*: los hermanos Viñas, Rozitchner, Oscar Masotta y otros, y la vehemente mezcla de estudios literarios, filosofía, psicoanálisis y filosofía política en que se empeñaban.

De hecho, los que fueron miembros fundadores, *avant la lettre*, de la profesión de peronólogo académico, además de ser autores de textos fundacionales sobre el peronismo como movimiento histórico fueron sociólogos y politólogos y no historiadores. Juan Carlos Torre, y a quien Acha y Quiroga sitúan en el origen del nuevo consenso y ortodoxia historiográficos, también es sociólogo de profesión. La lista de trabajos que se han presentado en estas jornadas es de por sí un testimonio elocuente de la amplitud de los numerosos intereses disciplinarios que atraviesan las humanidades y las ciencias sociales y convergen en el objeto del peronismo y sus múltiples facetas.

Todo esto, no hay duda, es para bien. Sin embargo, debo confesar que me asalta la sospecha de que la gran multiplicación de voces académicas no ha producido necesariamente niveles crecientes de comprensión entre los hablantes. Deberíamos recordar tal vez que la torre de Babel

distaba de ser un modelo de comunicación transparente. Hoy y aquí, me interesa en particular mi propio rincón del universo intelectual, la historia como disciplina profesional. La historia, por supuesto, siempre ha tenido problemas con la interdisciplinariedad. Sentimos la necesidad de proclamarla, como un gesto crucial e indispensable en beneficio de la acumulación de capital cultural en nuestro campo, que a su vez facilitará la distinción a la que aspiramos en un campo cada vez más poblado de competidores (uno de los subproductos de la expansión y la profesionalización). Al mismo tiempo, la interdisciplinariedad nos incomoda. Sospecho que esto se debe en parte a cierto sentimiento de inferioridad frente a otras disciplinas. Parece haber una jerarquía definitiva de prestigio implícita en el mundo académico (pos)moderno, y la historia juega sin remedio en el Nacional B. Lo cual obedece parcialmente a lo que podríamos llamar estatus dóxico de la historia, y en especial de la historia del peronismo en la Argentina. Todo el mundo parece saber lo suficiente acerca de él, o cree saberlo. De algún modo, ese saber forma parte de su herencia tácita como argentinos, y se mama con la leche materna de igual manera que jugar al fútbol y hacer asados. Los profesionales de otras disciplinas que escriben sobre el peronismo quizá sientan la necesidad de acceder a cierto contexto histórico, pero difícilmente les parezca necesario prestar atención a muchos de los matices. La historia es una suerte de disciplina secundaria de apoyo que debe invocarse como un escalón para llegar a lo verdaderamente serio, la conclusión literaria, sociológica, política y antropológica del texto.

Por el mismo motivo, los historiadores también podemos ser notablemente desenfadados en nuestra manera de responder, apropiarnos y saquear los arsenales conceptuales y teóricos de otras disciplinas. Este es tal vez un subproducto de nuestra sensación de inseguridad al hollar terreno ajeno. Nos asemejamos mucho a esos pájaros que al parecer están en muchos lugares del mundo y que se sienten atraídos por los objetos brillantes. Al verlos, se lanzan sobre ellos, los toman y los llevan a sus nidos. En Gran Bretaña los llamamos *maggies*, urracas, y en sus nidos suelen encontrarse anillos o pedazos de vidrio que han hurtado de las casas. Con todo respeto por mis colegas historiadores, creo que en lo que se refiere a la interdisciplinariedad –si acaso pensamos en ella– nuestro *modus operandi* básico es el de la urraca. Nos precipitamos a arrebatar un objeto teórico potencialmente útil de un contexto disciplinario ajeno y lo manipulamos y moldeamos en función de nuestras necesidades.

Tulio Halperín Donghi confesó algo muy similar en la presentación de la nueva edición de 2003 de *Perón o muerte*, ese texto esencial de Silvia Sigal y Eliseo Verón. Con referencia a sus críticas anteriores a la primera edición del trabajo de una socióloga y un semiólogo, decía:

“Después de todo, lo mío había sido una típica reacción de historiador frente a quienes desde otra perspectiva hacen lo que deberíamos hacer nosotros. Después de usar abundantemente lo que hicieron los semiólogos, les reprochamos que no hagan obras de historia”. Creo que hay un argumento muy serio detrás de la ironía y la autosubestimación características del humor de Halperín. Si “deberíamos hacer nosotros” el trabajo que hacen sociólogos, semiólogos y otros, ¿cómo debe llevarse a la práctica ese imperativo? En la misma presentación, Carlos Altamirano tranquilizó a los potenciales lectores del libro al decirles que no tenían que enredarse en las minucias de la teoría semiótica sobre enunciadores y enunciados para captar las lecciones esenciales del texto. Sin embargo, ¿es suficiente esta afirmación tranquilizadora para los autores de textos históricos que también procuran utilizar las intuiciones propuestas por ese paradigma? Muy pocos de nosotros conseguiremos dominar el material exhaustivo de disciplinas sobre las que nos abalanzamos, pero ¿en qué momento un poco de conocimiento deja de ser algo peligroso? ¿Cuánto necesitamos saber para mantener una fachada creíble?

Entonces, el trabajo interdisciplinario serio es difícil para los profesionales de muchas disciplinas, aunque bien puede ser que la historia sufra más que otras. Es evidente que hay dos aspectos interrelacionados. Uno es el aspecto epistemológico más general que consiste en reconocer la necesidad y la validez de ir más allá del paradigma histórico existente y buscar en otras zonas del conocimiento; una vez reconocido esto, es pertinente la cuestión metodológica de cómo hacerlo en concreto. A mi entender, es de especial importancia tomar en serio esta cuestión en la historia del peronismo, porque creo que gran parte de los nuevos trabajos que se han acumulado distan de reconocerla, actitud que genera a su vez una serie de problemas. También debería admitir que quizá no haya leído en cantidad suficiente esos nuevos trabajos, y que mi opinión es un reflejo de lo lejos que estoy de estar al día en este campo en rápida expansión. Debo agregar asimismo que en lo que sigue no tengo una intención apodíctica. Mi preferencia por la interdisciplinariedad es solo eso: mi propia preferencia, sin pretensiones de mayor ni menor legitimidad que las preferencias de otros profesionales. Lo que quiero hacer ahora es ofrecer tres breves ejemplos esquemáticos relacionados con la historiografía del primer peronismo, con la esperanza de demostrar los beneficios de un enfoque interdisciplinario (y los potenciales inconvenientes de mantenerse atrincherado dentro del gueto de los historiadores). Los tres ejemplos son: los sucesos del 17 de octubre; la categoría de “cabecita negra”, y lo que a mi juicio es, en muchos historiadores del peronismo, una suerte de borradura de la obra de Ernesto Laclau, que tiene consecuencias para nuestra comprensión de los orígenes del movimiento.

El 17 de octubre de 1945

Con frecuencia se hace alusión a los sucesos del 17 de octubre de 1945 como el momento fundacional del peronismo. La palabra utilizada para describir ese día suele ser “génesis”, que además de su sentido genérico de “origen” también da a entender “fuente” y la creación de algo *ab nihilo*. En consecuencia, la entidad construida no tiene, por definición, ni historia ni pasado. Este significado y sentido atribuidos al 17 de octubre se incorporaron en gran parte a la cultura vernácula del peronismo, y el consenso historiográfico emergente identificado por Acha y Quiroga ha dedicado mucho tiempo a tratar de invalidarlos. Los dos textos fundamentales en este caso son desde luego los de Murmis y Portantiero (*Estudios sobre los orígenes del peronismo*) y Juan Carlos Torre (*La vieja guardia sindical y Perón*). Luego de la publicación de estos dos libros son relativamente escasos los nuevos trabajos sobre los sucesos, cuyo significado analítico formal se ha establecido dentro de un relato que hace hincapié más en la continuidad que en la ruptura –una continuidad que se remonta a los años 30– y el papel de las organizaciones obreras tradicionales en la organización de los acontecimientos. Yo mismo realicé un análisis basado principalmente en el caso de La Plata y Berisso y concentrado en lo que describí como formas de iconoclasia secular presentes en el comportamiento de las multitudes y los objetivos a los que apuntaban. En su libro sobre la Plaza de Mayo, Silvia Sigal propuso una crítica amable pero indirecta de mi lectura de esos acontecimientos. Más recientemente, Mariano Plotkin (*El día que se inventó el peronismo*) ha reexaminado no tanto los sucesos como la historiografía y el significado cambiante de la jornada en su incorporación al calendario oficial del Estado peronista. El acontecimiento histórico mismo parecería haber perdido su “encanto” dentro del campo de la peronología profesional y académica.

¿Cómo se explica esa situación? ¿Se trata simplemente de que ya sabemos todo lo que podemos o necesitamos conocer? ¿Hay sencillamente un empacho de conocimiento histórico acumulado? Si así fuera, habríamos realizado tal vez la fantasía del historicismo. El presente habría logrado rescatar y recuperar absolutamente el pasado en toda su plenitud.

No creo que haya sucedido esto, aunque muchos de nosotros quizá prefieran actuar como si hubiera pasado. Podría ser que en el canon dominante del gremio de los historiadores, tal como se construyó, ya no haya preguntas interesantes que hacer sobre el 17 de octubre (paradójicamente, gracias sobre todo al trabajo de dos sociólogos y un politólogo). Bien puedo imaginar a un profesor de historia de la UBA o de algún otro lugar que, ante la intención de un estudiante de concentrar

su investigación en esos acontecimientos, lo disuade con el argumento de que hay muy poco de nuevo que decir acerca de ellos. Resta poner algunos puntos sobre algunas íes, pero este no es el tipo de terreno en el cual un estudiante ambicioso pueda dejar su marca.

Querría sugerir, con todo, que el problema no radica en el agotamiento mismo del acontecimiento, sino en los paradigmas analíticos disponibles dentro de la historia. Por ejemplo, una de las cosas que se desprenden de la exhaustiva reconstrucción que Juan Carlos Torre ha hecho de los pormenores de la táctica sindical en torno de la manifestación en la Plaza de Mayo y la convocatoria de una huelga general, es que de ese modo se desvía la atención de lo que efectivamente sucedió en la plaza ese día y sus posibles significados. Y el problema implícito en decir algo nuevo sobre lo sucedido durante la jornada no tiene que ver en esencia, creo, con el conocimiento histórico *stricto sensu*. Sabemos mucho de lo que ocurrió. Conocemos el telón de fondo de factores institucionales, el contexto del movimiento obrero organizado. Sabemos, al parecer, lo que pensaba Perón. Sabemos lo que pensaban activistas sindicales independientes como Cipriano Reyes. Tenemos un montón de referencias secundarias de memorias del suceso. Sería bueno tener una transcripción definitiva de lo que dijo Perón, y fascinante contar con un registro filmico completo, pero en un sentido puramente empírico el desalentador consejo del profesor al estudiante tal vez esté justificado.

Y pese a ello, creo que *hay* nuevas cuestiones, nuevas y apasionantes lecturas posibles, si bien no estoy seguro de que puedan venir del consenso historiográfico actual. Querría dar un breve ejemplo extraído de la obra de uno de mis colegas en Indiana, Patrick Dove, que enseña literatura latinoamericana. En un trabajo reciente (Dove, 2011), él se concentra en dos momentos de los sucesos del 17 de octubre. Ambos están representados por textos culturales. El primero se centra en la famosa escena representada por la hoy icónica imagen de “Las patas en la fuente”. Sobre la base del análisis que hace Jacques Rancière de la política y la estética (y su crucial interrelación), Dove interpreta la imagen en términos de las categorías de desacuerdo, política y policía, de importancia crucial en el filósofo francés. En un sentido fundamental, para Dove la imagen representa la irrupción de la política propiamente dicha, la aparición de la “parte que no tiene parte” que trastorna la distribución dominante de lo sensible, el cálculo social hegemónico que hasta entonces sostenía la sociedad argentina. En ciertos aspectos, esa lectura de la imagen coincide con la que yo hago de los acontecimientos de ese día como una forma de iconoclasia secular. Pero a su entender con eso no alcanza. La foto (que yo no tuve en cuenta) confirma sin duda la violación simbólica de codificaciones sociales, culturales y espaciales de poder, pero lo que capta y lo que destaca su formulación verbal es

un acto sinecdóquico: “al hablar de ‘patas’ por ‘el pueblo’, la parte por el todo, reproduce a la manera de una sinécdoque el surgimiento de la parte de aquellos que no tienen parte, una parte que en cierto sentido pretende ser el todo”. Y esta lectura se basa en su interpretación de los sujetos representados en la imagen, que no proclaman necesariamente su condición de trabajadores en huelga sino que, “a juzgar por su vestimenta y sus expresiones, podrían ser personas cualesquiera”.

En parte, Dove lee la foto de “Las patas...” en tensión con la conocida descripción que apareció en *Crítica* al día siguiente de la manifestación y la huelga, en la que se hacía un contraste específico entre la “muchedumbre” que “agravió el buen gusto y la estética de la ciudad” y “el pueblo”, las personas con la “sensibilidad y el logos” necesarios para reivindicar su parte legítima. Tenemos de tal modo una clara rivalidad entre “el pueblo” y el “no pueblo” (tal vez incluso entre el pueblo y la multitud o lo populoso y la plebe). La síntesis de Dove es la siguiente: “Me parece que en la foto de ‘Las patas’ vemos la coincidencia o la yuxtaposición paradójica de la particularidad de clase con la totalidad genérica del todo social” (Dove, 2011). Y este es, en términos de Rancière, el desacuerdo fundamental a través del cual se inaugura la política, que en cierto sentido siempre es para él un desacuerdo acerca de palabras y categorías y la disputa sobre su contenido y significado (lo sensible), una consecuencia inevitable del “exceso de palabras” inherente al lenguaje mismo.

Y esto también plantea vigorosamente el problema de la visibilidad asociada a los hechos del 17 de octubre. Como ha sostenido recientemente Peter Hallward en un análisis de la crucial categoría de “teatro” en la obra de Rancière: “Toda verificación de igualdad es parte integrante de lo que Rancière llama regularmente una reconfiguración de lo perceptible, un reparto de lo sensible y en particular de lo visible. La igualdad es aquí una cuestión de anonimato visible” (Hallward, 2006). El propio Rancière insiste en que su investigación histórica sobre los artesanos y trabajadores de la Francia decimonónica “mostró que la más descollante de las reivindicaciones levantadas por los trabajadores y los pobres era precisamente la de la visibilidad, una voluntad de ingresar al reino político de la apariencia, la afirmación de una capacidad de apariencia”. Así, el desacuerdo sobre las palabras que inaugura la política es también un desacuerdo sobre las imágenes y se centrará en la reivindicación de un nuevo y modificado régimen visual. Es lo que Nicholas Mirzoeff (2011) ha llamado “contravisualidad” o “derecho a mirar”.

Creo que esto puede relacionarse con Dove y su mención del “anonimato” de los trabajadores exhibido en “Las patas...” (un aspecto también afirmado por Hallward en sus palabras recién citadas). En lo que es probablemente el análisis definitivo del movimiento fotográfico

documental de los Estados Unidos en las décadas de 1930 y 1940, Alan Trachtenberg destaca la importancia del anonimato en las imágenes icónicas producidas por fotógrafos como Walker Evans, un anonimato que le permitía negociar el terreno entre lo colectivo y lo individual, una cuestión vital para el proyecto de “visualizar al pueblo” (John Lucaites, 1997), que tenía por su parte un papel tan crucial en el programa político del New Deal.

Recordemos también que el tropo de la visibilidad tiene una fuerte presencia en muchas de las representaciones textuales de ese día. Podríamos incluso decir que el clásico texto de Félix Luna se estructura en torno de ese tropo: “Bueno, ahí estaban. Como si hubieran querido *mostrar* todo su poder, para que nadie dudara de que realmente existían. [...] ¿Entonces existían? ¿Tantos?” De modo que esta es una existencia social basada en su irrupción a la visibilidad, y confirmada por ella, cuando la presencia física de los trabajadores en el espacio público establece su pretensión de un recuento diferente, un cálculo lógico diferente. Luna hace explícitamente esa relación; la confrontación con esa nueva presencia visible socava una distribución de lo sensible que hasta entonces había parecido “coherente y lógica: todo apoyaba nuestras propias creencias”. La observación y la escucha de ese nuevo otro social –esos “rostros anónimos color tierra”– debilitarán en Luna y sus amigos la fe en la naturaleza indiscutida –dóxica– de los ordenamientos sociales y políticos de la Argentina de los años 40.

El segundo foco de la interpretación de Dove apunta a los sucesos del anochecer, cuando Perón habla a las masas congregadas. En su opinión, el discurso encarna en un principio los elementos cruciales de la interpelación y la hegemonía, comenzando desde luego con la primerísima palabra de Perón: “¡Trabajadores!”, que nombra y cita a la vez a éstos como la encarnación de una entidad más general, el pueblo. Es indudable que este análisis está impregnado del enfoque de Ernesto Laclau. La escena inaugura “el momento propiamente político”, como lo califica Laclau: “El momento propiamente político resulta posible cuando Perón se instala como un vínculo que estabiliza una nueva situación en la cual por fin se saluda y se reconoce a la clase obrera como la representante de la Argentina auténtica”. Para Laclau, este modo de construcción de los sujetos populistas es la tarea esencial de lo político. Pero la originalidad del análisis de Dove estriba en su lectura de una parte de la interacción con las masas reunidas que se expone en algunos relatos escritos (pero no, que yo sepa, en ninguna de las versiones filmicas).

Cuando Perón llega a lo que él llama su “momento de consejo”, el discurso asume una dimensión prescriptiva: lo que el pueblo debe hacer para realizar su verdadero destino, que él le ha dado al interpellarlo en su composición de sujetos populistas. En este punto, la multitud

aparentemente se inquieta y comienza a interrumpir el discurso con la pregunta: “¿Dónde estuvo?” Pregunta amenazante, según Dove, en cuanto “trata de sacar a la luz del día cualquier mentira que haya estado oculta en las sombras [...], y lo hace al reposicionar a Perón como dueño y señor, sujeto que supuestamente conoce la ‘cocina’ del poder”. Como sabemos, la respuesta de Perón es una no respuesta: elude la pregunta (como lo hará Evita seis años más adelante cuando se vea frente a la misma interpelación popular de las masas reunidas que transgreden el guión y la coreografía del Estado). Y esa no respuesta, afirma Dove, “fija los límites de lo que puede preguntarse y pedirse en la Argentina posterior a 1945”. En este sentido, entonces, en el lapso de algunas horas tenemos dos escenas con lecturas un tanto diferentes. Mientras que la foto de “Las patas...” representa un momento de fractura que expone la distribución de lo sensible desde adentro, la pregunta del “¿dónde estuvo?” suscita una no respuesta que está del todo relacionada con los límites de ese momento anterior. Corresponde propiamente a lo que Rancière define como la esfera de la policía: “las fuerzas y las razones que ponen orden en la comunidad, la ciudad Estado o la nación y las administran”.

En términos de Rancière, la policía se consagra a una “acción contrapolítica”, cuya naturaleza radica ante todo en lo que Hallward califica de “antiespectacular”, para controlar los límites de la visibilidad. Y si siguiéramos esta lógica, tendríamos que decir que el momento del “¿dónde estuvo?” tiene una función diferente de la de interpelación que en un comienzo, y tras los pasos de Laclau, atribuimos al discurso. En manos de Rancière, la “intervención policial” en la esfera pública “no consiste principalmente en la interpelación de los manifestantes sino en la ruptura de las manifestaciones”. A diferencia de la interpelación althusseriana clásica que induce una respuesta y un (mal) reconocimiento subjetivos dóciles (como en la primera parte del discurso), la “policía”, para Rancière, desmantela los escenarios políticos y señala a los presuntos sujetos “la obviedad de lo que hay o, mejor, de lo que no hay: ¡Circulen, circulen! ¡No hay nada que ver!” Como lo sintetiza Hallward: “Cuando los actores políticos convierten las calles en escenarios, la policía restablece la circulación fluida del tránsito”. La negativa obstinada de Perón a responder a la pregunta y su insistencia en que las multitudes debían irse a su casa y poner fin a la huelga son, en el análisis de Dove, coherentes con esa función.

Me parece que este tipo de análisis podría ser un modelo para plantear nuevos interrogantes y proponer nuevas interpretaciones sobre este acontecimiento fundacional en los orígenes del peronismo.

Cabecitas negras

En años recientes la figura del cabecita ha vuelto a ingresar a la historiografía del peronismo. No estoy del todo seguro de la procedencia de este interés renovado, pero supongo que proviene en parte del creciente cuerpo de trabajos de una antropología argentina revitalizada y su “redescubrimiento” de los problemas de la etnicidad y la identidad racial en el país. En muchos de esos trabajos hay una fuerte inclinación histórica. En mi opinión, la obra de una persona como Gastón Gordillo es paradigmática de ese cambio (histórico). En un artículo, Rosana Guber (1999) recuperó algunos de los trabajos de una generación anterior de antropólogos y etnógrafos argentinos, dedicados a la figura del cabecita. El resurgimiento del interés en la racialización y su historia en la Argentina no fue, desde luego, un invento de los antropólogos, pese a lo que pueda decir la opinión corriente. Desde los años 90 también ha habido una focalización creciente en los problemas de la raza como discurso histórico en la Argentina y un interés conexo por la historia de los pueblos nativos y su relación con el Estado nación.

Como digo, todo ese proceso bien puede haber influido en el renovado interés en el cabecita, pero vale la pena preguntarse por qué era necesario redescubrirlo y qué pasó con él como una categoría de abordaje historiográfico. Creo que es posible sostener que fue víctima de lo que podríamos considerar otro texto fundacional del “consenso normalizador” de Acha y Quiroga: un artículo de Tulio Halperín Donghi de 1975, “Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos”. Este texto era una respuesta a un artículo de Gino Germani de 1973, “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos”, en el que su autor reformulaba lo esencial de su tesis anterior sobre el papel de “la nueva clase obrera” y, en particular, el conflicto generado entre su cultura y prácticas políticas y las de la “vieja clase obrera”. Apelando a sus considerables dotes de polemista, Halperín Donghi atacaba el planteo de Germani sobre el peso demográfico de los nuevos migrantes y su análisis de las prácticas políticas tradicionales de éstos. En un sentido importante, su crítica se basaba en las ya fuertes implicaciones críticas que tenía el texto fundacional de Murmis y Portantiero con respecto a la interpretación germaniana del peronismo, sobre todo en lo concerniente a la cuestión de los migrantes internos (en rigor, el mencionado artículo de 1973 es precisamente un intento de Germani de reivindicar su tesis anterior contra esa crítica).

Más allá del cuestionamiento de datos específicos e interpretaciones diferenciadas, ya se centraran en las categorías de la democracia orgánica o inorgánica o en nociones de la heteronomía obrera, el artículo de

Halperín Donghi tuvo –como lo expresó Nicolás Quiroga en un seminario reciente– el efecto de “liquidar” el tema de los migrantes internos y su papel en la emergencia del peronismo como un tópico de interés de los historiadores (u otros). Y esa liquidación se prolongó al menos durante una generación, pese a lo cual, y ya que está integrada a la nueva descripción normalizadora, es realmente necesario cuestionarla. No es difícil entender los motivos de su aceptación. Murmis y Portantiero y Halperín Donghi proponían una vigorosa crítica normativa que en apariencia resolvía muchas de las cuestiones problemáticas asociadas a la tesis original de Germani (también debe señalarse, por supuesto, que esa tesis era ampliamente compartida por la crítica izquierdista tradicional al peronismo): problemáticas en términos tanto políticos como intelectuales para la generación de intelectuales que alcanzaron los primeros rangos entre fines de los años 60 y comienzos de los años 70, y también para los surgidos después de 1983. Esos textos fundacionales parecían proponer una manera de eliminar la preocupación analítica centrada en nociones como manipulación, liderazgo carismático, tradición y modernidad, irracionalidad, heteronomía. En una palabra, proponían una manera de desterrar a los espectros asociados al concepto mismo de populismo.

¿Significó el redescubrimiento del “cabecita” –y el interés conexo en leyendas urbanas como “quemando el parquet”– un cambio en ese escenario? No estoy seguro, pero quiero señalar algunas limitaciones en el trabajo producido hasta ahora. En gran parte, éste se ha centrado en el tratamiento del cabecita como una categoría cultural simbólica que llega a encarnar crecientes angustias de clase media, concentradas en la construcción de un otro racializado, justamente el cabecita. En algunos aspectos, esta lectura podía identificar claramente su fuente en textos literarios como “Casa tomada”, de Cortázar, o, de una manera un tanto diferente, “Cabecita negra”, de Germán Rozenmacher, y también está claro que extrae su significado fundamental de su inscripción dentro de la dicotomía peronismo-antiperonismo. “Cabecita” será, en palabras de Hugo Ratier (1975), el “mote infamante” antiperonista por esencia. Una de las consecuencias de este análisis cultural centrado en la clase media es que el “cabecita” todavía carece en gran medida de una historia, y en ese sentido la exclusión efectuada sobre la base de los textos fundacionales ha seguido ejerciendo su efecto de manera continua.

En efecto, creo que en este caso, a diferencia del 17 de octubre, el problema radica *a la vez* en una investigación histórica (empírica) inadecuada y la necesidad de plantear cuestiones realmente interesantes. La falta de una historia de los cabecitas es previa a la borradura del migrante interno como objeto histórico en el análisis del peronismo. Aun dentro de un paradigma como el de Germani, que invocaba espe-

cíficamente la importancia de esos migrantes, es más que sorprendente que sus afirmaciones sobre ellos y su cultura política no se basaran en casi ninguna investigación empírica. De allí la facilidad con que Halperín podía señalar la imposibilidad de sostener sus argumentos sobre la base, principalmente, de su lectura del texto secundario de Zorrilla. Habida cuenta de que Germani y sus seguidores intentaban analizar el mundo de la vida de los migrantes, su atención se concentraba en el extremo de la recepción de la cadena migratoria, y en ese punto su mayor preocupación era establecer mediciones del comportamiento adaptativo patológico y no patológico en el nuevo medioambiente urbano (a menudo sostenidas por un uso muy parcial e implícito de categorías psicológicas).

El universo social, cultural y político del que procedían los migrantes quedó esencialmente inexplorado, y así se ha mantenido desde entonces. La expansión de los trabajos históricos sobre el peronismo en las provincias del interior es una promesa de comenzar a llenar esa laguna, pero en lo que se refiere al primer peronismo, estos importantes trabajos han hecho hincapié en el nivel de la estructura y las instituciones políticas. Pienso por ejemplo no solo en el libro de Moira Mackinnon (2002), sino también en el significativo trabajo de Ana Teresa Martínez sobre Santiago del Estero (2007). Hace poco Mirta Lobato y yo volvimos a esta cuestión en el caso de los migrantes santiagueños a Berisso (en un texto aun no publicado), con la intención de reconstruir la historia de la migración concentrándonos en ambos extremos de la cadena migratoria. En la primera parte del capítulo que hemos titulado “Salir del infierno” tratamos de proponer una comprensión del mundo de la vida de los parajes en la campaña de Loreto, de la que provenían esos migrantes. Ese análisis nos llevó a cuestionar la poderosa metáfora de Moira Mackinnon de la “ruptura de la deferencia” que caracteriza el surgimiento del peronismo en el interior y a rescatar, al menos en parte, una noción de heterogeneidad/heteronomía.

Pero ¿qué pasa con el cabecita? ¿Qué nos propone como vía de acceso a este problema nuestro trabajo en el polo de la recepción de la cadena migratoria, la ciudad de Berisso y sus frigoríficos? En primer lugar, dos afirmaciones empíricas. Comprobamos que en las entrevistas realizadas por Mirta Lobato a fines de los años 80 con la primera generación de migrantes santiagueños, el tema del cabecita estaba presente en sus recuerdos de la primera década. Era un tema que les resultaba difícil enunciar y en relación con el cual desarrollaban una serie de estrategias orales y retóricas destinadas –es nuestra hipótesis– a manejar discursivamente una herida que podía resurgir, como el retorno de lo reprimido, aun después de décadas de vivir en Berisso. Todavía era el “mote infamante” y tenía la capacidad de lastimar.

Lo segundo que comprobamos fue que la leyenda urbana despectiva de “quemando el parquet” aún estaba viva y coleando en una Berisso obrera y abrumadoramente peronista. Nuestra idea es que esta leyenda tenía –y tiene– varias funciones. La más importante es que, como una forma de construir un otro radical, contribuye a manifestar dentro de las comunidades obreras a un otro parcialmente racializado, a través de la movilización de temas e imágenes relacionados con nociones de decencia y normalidad centradas en el hogar. La movilización explícita de los elementos discursivos raciales sería ilegítima tanto desde el punto de vista del discurso peronista nacional como en términos del *ethos* comunitario local.

Así, hay dos momentos que es preciso abordar analíticamente. Primero, la manera en que los santiagueños vivieron ese proceso de alterización, tanto en la década de 1940 (y cómo se asociaba el proceso a su relación con el peronismo) como en épocas más recientes. Parte de nuestro argumento implica en este caso una descripción de la posición del jornalero migrante dentro del discurso regionalista dominante en Santiago del Estero en los años treinta y cuarenta; podríamos decir que esto implica el bagaje discursivo que expresaba su percepción de sí mismos en Santiago y Berisso. Segundo, sostenemos que la categoría de cabecita y la leyenda concomitante de la destrucción y quema del parquet en comunidades obreras como Berisso (particularmente en los años del primer peronismo) deben explicarse en gran medida como parte de un proceso de subjetivación obrera que dependía de la construcción de un otro radical.

Hay dos escenarios involucrados en esta investigación de los migrantes internos. Uno tiene que ver a las claras con la recuperación de experiencias históricas específicas asociadas al peronismo y los migrantes santiagueños a través de la construcción y el examen del archivo histórico. El otro, en cambio, es ampliamente independiente de ese archivo y sus contornos empíricos, y depende antes bien de la naturaleza de las preguntas analíticas/teóricas hechas a esos materiales. En el caso de nuestra investigación, esto implicaba ocuparse seriamente de las cuestiones de formación subjetiva e identificación.

Ernesto Laclau

Cualquier abordaje serio de los problemas de la formación subjetiva y la identificación en el peronismo parecería obligar a prestar la pertinente atención a la obra de Laclau. Sin embargo, y por curioso que parezca, esa atención ha sido relativamente poca, y casi inexistente dentro de la historia. Digo que es curioso en parte, claro está, por su estatus de crucial intelectual público, referente del kirchnerismo, y la asidua referencia

que hacen a su obra políticos del peronismo. (Recuerdo que hace algunos años, Antonio Cafiero mencionó su nombre en una entrevista.) Ahora bien, *La razón populista* tal vez sea uno de los grandes libros no leídos de épocas recientes. Invocado de manera retórica, comprado en abundancia pero rara vez leído. Puede suceder también que mi percepción esté falseada por anteojeras disciplinarias y que, de hecho, Laclau sea un gran punto de referencia dentro de la filosofía política o los estudios sociológicos del peronismo. Tal vez. Pero en los estudios históricos del movimiento peronista, creo que no nos equivocamos si decimos que el interés en abordarlo es mínimo. ¿Por qué? ¿E importa?

El propio Laclau no ha hecho mucho para hacerse querer por los historiadores del peronismo. Su obra, aun en su encarnación original en *Política e ideología en la teoría marxista*, tenía escaso interés para el análisis histórico detallado o los estudios de casos específicos. Si mencionaba ejemplos concretos de la historia argentina, lo hacía para brindar una explicación más pormenorizada de Yrigoyen y el radicalismo que del surgimiento del peronismo a mediados de los años 40. Esta actitud ha persistido. *La razón populista*, cuando se digna a hacer alguna referencia histórica concreta, se concentra en hechos de fines de la década de 1960 y comienzos de la década siguiente, momento en que Perón, desde el exilio, ejemplifica el papel del significativo vacío que articula las múltiples cadenas de equivalencia existentes dentro de su movimiento. En realidad, uno tiene la impresión de que Laclau sigue manejando principalmente un conjunto de referentes historiográficos tomados de los escritos de Jorge Abelardo Ramos y la izquierda nacional, de los que se empapó en su ya lejana juventud. La amplia expansión del archivo histórico sobre el peronismo en las últimas décadas, destacada por el libro de Acha y Quiroga, no parece haber despertado su interés (no lo ha hecho, sin duda, en su obra publicada).

Pese a ello, sigue pareciéndome curioso que los historiadores no se hayan ocupado más de su obra. No puede deberse simplemente a que ha herido nuestros sentimientos. Parte de la explicación puede ser que la insistencia de Laclau en elaborar un enfoque posmarxista le ha enajenado el favor de una ortodoxia discursiva dominante en el campo de la historia, que en sus códigos operativos depende esencialmente de una forma u otra de marxismo. En un sentido fundamental, este sigue siendo la *lingua franca* de nuestro campo. La preocupación primordial de Laclau ha sido, en cambio, el desarrollo de una teoría de la hegemonía que es en los hechos coextensa con una teoría del populismo (y lo político). En algún sentido, su punto de partida esencial fue y sigue siendo Gramsci. Apenas hace falta decir que en ese aspecto comparte muchos elementos con algunos de los textos fundacionales de análisis del peronismo. Sería imposible, por ejemplo, leer a Murmis y Portantiero

sin entender su basamento fundamentalmente gramsciano. (Considérese también la importancia de Gramsci en la obra de Emilio de Ípola, tal vez el intelectual argentino que, entre los autores dedicados al peronismo, se ha ocupado más seriamente de Laclau.)

Sospecho que una de las razones por las cuales *La razón populista* no ha tenido mayor impacto en la historia del peronismo es, también en parte, su título. Esto quizá parezca obvio, pero el texto de Laclau amenaza desbaratar la reconfortante borradura del populismo que se llevó a cabo con la “liquidación” de Germani, y que se ha consolidado como un pilar fundamental en la “normalización” del peronismo. Se aúna a esta situación el hecho de que, para construir una teoría de la razón populista, Laclau recurre en su libro más reciente a herramientas psicoanalíticas, y las usa para abordar algunos de los problemas que están en el centro de las primeras versiones sociológicas del peronismo, en particular la naturaleza del lazo entre el líder populista y sus seguidores (aunque liberada, desde luego, de las connotaciones germanianas de irracionalidad).

Ahora bien, los historiadores –con razón– tuvieron durante mucho tiempo un reflejo de sospecha en lo concerniente al psicoanálisis. (El trabajo de Omar Acha, claro está, es la excepción que confirma la regla). Pero esta actitud es seguramente contraproducente en el contexto presente. En nuestro campo ha llevado, entre otras cosas, a ignorar las obras de León Rozitchner sobre el peronismo (Mariano Plotkin es la excepción, aunque su libro sitúa a Rozitchner principalmente dentro de la historia del psicoanálisis en la Argentina, en vez de proponer una evaluación de su análisis de ese movimiento). *La razón populista* bien puede expresarse en el marco de un lenguaje que los no iniciados en los debates de la filosofía política y el psicoanálisis consideren difícil de digerir: cadenas de equivalencia, significantes vacíos, significantes amos, antagonismo, objeto *a*, el nombrar y la cita. Pero también vale la pena señalar que se trata de un texto que habla de “investidura radical de afecto” y, en última instancia, su tema es el amor que los seguidores sienten por el líder. Esto es en definitiva lo que permite la investidura del deseo que servirá de base al proceso de identificación con el líder y el movimiento (subjetivación).

Puede haber, por supuesto, toda clase de objeciones posibles a este tipo de análisis. Pero el terreno analítico que éste potencialmente abre es a no dudar de interés para los historiadores del peronismo. En un importante libro reciente de Jon Beasley-Murray, *Poshegemonía* (2010), se nos propone una crítica profunda de la teoría de la hegemonía de Laclau, sobre todo en su relación con el peronismo. Si bien no abandona el afecto, Beasley-Murray expone un enfoque alternativo del problema a través de la obra de Deleuze y Guattari. Al margen de ello, el intento

de Laclau de ofrecer una base para la comprensión de los procesos de subjetivación e identificación parecería ser relevante para los estudios del peronismo. Los historiadores de éste, después de todo, se manejan implícitamente sobre la base de una suerte de análisis de sentido común de la identidad/identificación, que está naturalizada y esencializada y, en lo fundamental, es ahistórica. Stuart Hall sugirió ver la identidad como un proceso de *devenir* y no de *ser*. En relación con el tipo de concepto de identidad constatado en personas como Laclau, sostuvo que, “de manera directamente contraria a lo que parece ser su carrera semántica preestablecida, este concepto de identidad *no* señala ese núcleo estable del yo que, de principio a fin, se desenvuelve sin cambios a través de todas las vicisitudes de la historia; el fragmento del yo que ya es y sigue siendo siempre ‘el mismo’, idéntico a sí mismo a lo largo del tiempo” (Hall, 2000).

Sospecho que si nos impulsaran a explicar qué queremos decir por identidad “peronista”, la mayor parte de nosotros (historiadores que escribimos sobre el peronismo) propondríamos una explicación fundada en referencias a una especie de escena primordial basada en los avances sociales y económicos del primer peronismo, una suerte de explicación materialista primitiva. Añadiríamos luego las referencias necesarias, aunque impresionistas, a una lealtad personal a Perón y Evita. El fundamento esencializador/naturalizador de este tipo de (no) explicación refleja directamente el sentido común autóctono: “siempre fui peronista”, “nacé peronista”, en razón del cual esa identidad es en última instancia un misterio enraizado en un acto de fe. En este escenario, el mismo lazo emocional suele reducirse a referencias a la sensibilidad y el sentimiento reflejados en la estructura de sentimiento fundamentalmente sentimental y nostálgica en la que vive el peronismo (y sus historiadores).

¿En qué consistiría una descripción apropiadamente histórica de la “investidura afectiva radical”? ¿Cómo podría construirse a partir del archivo? ¿A qué archivos apelaría? Por otra parte, ¿en qué momento histórico se genera el lazo, el acto de identificación basado en el ideal del yo? ¿Sigue el guión peronista y brota de la nada en el momento de la génesis fundacional, el 17 de octubre? ¿Es amor a primera vista? ¿Y, ya qué estamos, qué tipo de amor es? ¿Implica la completa adhesión al nombre conferido por el líder, el tipo de proyección amorosa idealizada a la que Freud se refirió como “yo ideal”? ¿O es la identificación parcial, fragmentada, que contiene elementos negativos? Además, ¿la investidura afectiva radical es la misma para Evita y para Perón? Está claro que no tengo las respuestas a estas preguntas, pero yo diría que son las que surgen de cualquier abordaje escrupuloso de Laclau, y las que una historia de los orígenes del peronismo haría bien en tomar en serio.

Bibliografía

- Acha, Omar y Nicolás Quiroga (2012), *El hecho maldito: conversaciones para otra historia del peronismo*, Rosario: Prohistoria.
- Beasley-Murray, Jon (2010), *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*, Buenos Aires: Paidós.
- Dove, Patrick (2011), "Political Ontologies: Hegemony and Anarchism in 1940s Argentina", ponencia presentada en Indiana University.
- Guber, Rosana (1999), "«El Cabecita Negra» o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina", *Revista de Investigaciones Folklóricas*, N° 14, pp. 108-120.
- Hall, Stuart (2000), "Who needs «identity»?", en P. du Gay *et al.* (eds.), *Identity: A Reader*, Londres: Sage-Open University.
- Hallward, Peter (2006), "Staging equality: on Rancière's Theatrocracy", *New Left Review*, N° 37.
- Halperin Donghi, Tulio (1975), "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos", *Desarrollo Económico*, 56, 14, enero-mayo.
- James, Daniel (1987), "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina", *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 27, N° 107, pp. 445-461.
- Laclau, Ernesto (2005), *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lucaites, John (1997), "Visualizing «The People»: Individualism vs. Collectivism in *Let Us Now Praise Famous Men*", *The Quarterly Journal of Speech*, vol. 83, N° 3.
- Mackinnon, Moira (2002), *Los años formativos del partido peronista (1946-1950)*, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina-Instituto Di Tella.
- Martínez, Ana Teresa (2007), "Obrajes, leyes del trabajo y prácticas políticas. Las luchas por la construcción del Estado en el proto-peronismo. Santiago del Estero, 1943-1945", *Revista Andina*, N° 44, pp. 117-142.
- Mirzoeff, Nicholas (2011), *The Right to Look. A Counterhistory of visibility*, Durham, Duke University Press.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero (1971), *Estudio sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Plotkin, Mariano (2007), *El día que se inventó el peronismo: la construcción del 17 de octubre*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Ratier, Hugo (1975), *El cabecita negra*, Buenos Aires, CEAL.
- Torre, Juan Carlos (1990), *La vieja guardia sindical y Perón: sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Sudamericana.